

HENRI LABOURET: *Colonisation, Colonialisme, Décolonisation*. París, Editions Larose, 1952. Un vol. de 206 págs.

Habíamos hecho traer de Francia este volumen impulsados por un gran interés. Debido, por una parte, al prestigio personal del autor, de cuya pluma salieron *A la recherche d'une politique indigène dans l'Ouest Africain* (1930) y *Paysans de l'Afrique Occidentale* (1942), pues otros ensayos — como *Histoire des Noirs d'Afrique* — son menos felices. Y, por otra parte, al atractivo intrínseco de la materia que el título de la obra prometía. Además leímos una elogiosa crítica en *Problèmes de l'Afrique Centrale*, seria revista belga. Mas debemos decir que nos hemos decepcionado bastante después de leer el libro. El autor ha escrito una obra de lectura fácil, casi amena, o sea destinada a un público no muy especializado. De vez en cuando se perciben en el texto rasgos y pinceladas que denotan al gran africanista. Pero todo ello envuelto en un tono de superficialidad y vulgaridad que rebajan la calidad del relato, en el que se abordan demasiadas cuestiones (sin una excesiva trabazón metodológica que explique el desarrollo dado al libro) para poder desarrollarlas ampliamente dentro de su contenido. El autor espiga aquí y allá, consigna alguna idea experimentada (colocando de paso también algún que otro error), inserta alguna opinión de una figura conocida y deja inconcuso el asunto e insatisfecha la atención del lector. Y es que probablemente ha querido redactar sólo un trabajo de circunstancias, destinado a llamar la atención de algunos sectores africanistas de París.

El libro comienza queriendo dar una visión de lo que es la colonización y el colonialismo, en la que no falta la alusión a las «matanzas, suplicios, abusos, expoliaciones e ignominias que mancharon en el siglo XVI la acción conquistadora de Cortez en México, Almagro (*sic*) en Perú y de Pizarro en Chile» (el autor hubiera debido enterarse de que Pizarro actuó en el Perú y Almagro fué el destinado a Chi-

le, aunque la muerte truncó su programa). Al inevitable Las Casas y a la disminución rápida de la población indígena cubana. No sabemos por qué el autor no alude a la desaparición de la población indígena en las Antillas francesas y al lamentable estado de sus restos en el «departamento» de Guayana. Pero, en fin, esto es accidental y sólo demuestra cómo los sedicentes defensores de la colonización — propia — están empapados de los errores de una «leyenda negra» que fué la primera campaña anticolonial conocida. Aborda luego la evolución del *fait colonial* y la «solución» de la Unión Francesa, para pasar revista a los viejos temas de la esclavitud, el saintsimonismo y los Derechos del Hombre, que le llevan a los aparentemente desligados problemas de la partición de Africa, la búsqueda de materias y la instauración de los mandatos. De Yalta cree arranca la descolonización, a propósito de la cual lo más feliz del libro es la consignación de las dos definiciones contrapuestas que en los debates de la Constituyente francesa enunciaron el argelino Ferhat Abbas y el metropolitano Henri Culmann. El primero dijo: «El colonialismo es el hecho para un pueblo, de invadir el territorio de otro sin su consentimiento, y de explotarlo en su beneficio.» El segundo respondió: «El anticolonialismo es el hecho para un pueblo de expulsar a otro de un territorio que compartían, arrebatándole sus explotaciones sin indemnización.»

Discute luego el autor las características de la Unión Francesa contraponiendo los rasgos reales de sus variados grupos humanos a la tradicional tendencia uniformista, centralista y asimilista. sobre la que —escudándose en el inspector Mérat, autor de *Fictions et Réalités Coloniales*, y en el diputado de color Léopold Sedar-Senghor— dice que la mayoría de las poblaciones coloniales la rechaza. Y de pasada señala el ejemplo que supone la evolución en los últimos tiempos del Oeste africano en manos de Inglaterra. Más feliz es el capítulo expositivo dedicado a la enseñanza ultramarina y sus eventuales mejoras, incluyendo el eterno problema de la lengua. Destaca luego la importancia de la educación de base, municipal, rural y comunitaria, empleando las células autóctonas preexistentes — como la *fok'onolona* en Madagascar— así como la ciudadana, que recae sobre masas de acentuada y no siempre feliz evolución, muy necesitadas de asistencia social. Examinando de pasada el problema del régimen municipal.

Una nueva parte de la obra se dedica al financiamiento e industrialización —en favor de la cual, incluso en la agricultura, se pronuncia—, así como a los planes valorizadores. El trabajo indígena se estudia después, para acabar con los problemas de administración, sobre los que se consignan bellos pensamientos respecto a las dotes y problemas de los administradores coloniales, los jefes naturales y su utilización, adaptándolos a las nuevas condiciones (en vez de eliminarlos). El libro tiene como «conclusiones» diversas observaciones sobre el alcance colonial de los conceptos de libertad e igualdad, el problema de las minorías selectas y el rumbo de la Unión Francesa. Un observador cuidadoso percibe el esfuerzo del autor para consignar su alarma o disconformidad ante la introducción masiva y poco reflexiva de las «novedades metropolitanas» de 1945-46 en Ultramar y su deseo de no ofrecer la sensación de ser un «colonialista» reaccionario. En realidad, el profesor Labouret, eminente especialista en varias ciencias antropológicas, en los campos generales de la política colonial sólo cuenta con su sentido común, su larga experiencia, los ecos de su cultura general y su sentir común de francés en favor de una prudente descentralización diversificadora, siguiendo a Maunier (a quien no menciona).

J. M. C. T.

ANDRÉ LEROI-GOURHAM y JEAN POIRIER: *Ethnologie de l'Union française*. Tomo I: *Afrique*. «Presses Universitaires de France». París, 1953: 477 págs.

Africa, se ha repetido muchas veces, se halla todavía en el período de análisis, sin haber logrado alcanzar el de la síntesis. Son muchos e importantes los aspectos del Continente que faltan por dilucidar, y aún flota la interrogante sobre otros que han sido tratados con reiteración. Tan sólo el proyecto de presentar un panorama global del complejo mundo africano supone, de por sí, una arriesgada aventura cuando se juzga con la cautela que la Ciencia exige. No es posible hoy admitir que cualquier empeño de esa naturaleza tenga garantía de éxito. Pero, por el momento, es posible proceder a una compilación, con vistas a la difusión entre el gran público, de antecedentes y hechos fundamentales que constituyen su fisonomía. Respecto a tales intentos

no cabe el juicio severo, puesto que se limita a la exposición de problemas de conjunto. Esto acontece con la excelente obra que comentamos, digna de elogio en todos los aspectos, cuando se considera ese alcance limitado de los objetivos que se ha propuesto cumplir. Y es que los conocimientos actuales acerca de la naturaleza y las poblaciones africanas se hallan tan fragmentadas en monografías y publicaciones diversas, muchas veces inasequibles al no especialista, que todo intento de resumir su básico contenido ha de ser acogido con aplauso.

En tal sentido, este volumen representa un claro atisbo de cuanto en el futuro se pueda hacer en obra de mayor envergadura. Un prefacio de Ch. A. Julien sobre el significado de los países de Ultramar abre sus páginas. Le siguen tres capítulos, constitutivos de la I parte, en que se esbozan, clara y concisamente, el alcance de la Etnología, las perspectivas de la investigación científica y su relación con el problema vivo de las sociedades humanas. El simple enunciado de los temas tratados denota el interés que encierran.

La segunda parte la constituye una acabada síntesis antropológica de la población africana, enfocada desde el punto de vista de la determinación de sus razas autóctonas. Aunque son discutibles algunas de las conclusiones a que se llega, no cabe oponer demasiados reparos al conjunto de tan densas páginas.

El resto del volumen —partes III y IV— contiene el análisis de los países que se integran en el Africa francesa de Ultramar. En ellos se pasa revista a las regiones, su geología, clima, suelos, relieve, hidrografía, vegetación y fauna. En las páginas consagradas al elemento humano se encuentran consideraciones sobre los grupos étnicos, su origen, agrupaciones, caracteres principales, organización social y política, géneros de vida y economía, creencias y religiones.

Otros dos capítulos tratan de los «Pigmeos del Africa ecuatorial» y «Las sociedades negro-africanas».

La síntesis del Africa del Norte es muy valiosa y exacta. Posiblemente lo más logrado del volumen. Tiene el acierto de resumir un panorama muy complejo de realidades de universal valor humano, transmitiéndolas con seductora concisión.

En capítulos posteriores se esboza el Africa negra, ese mundo compacto, macizo y marginal, pletórico de originalidad. Un mundo que constituye un enigma en la evolución de la Humanidad y cuya vigencia exige el conocimiento pleno. Guste o no, cada día con mayor

vigor, el africano se integra en una humanidad «planetaria». Su cultura ancestral se halla en presencia de otra también milenaria y es preciso conocerla bien para adoptar posiciones ante el futuro. Colaborar conscientemente en una creación que florece y fructifica. Hasta el momento han abundado demasiado las interpretaciones irresponsables, los juicios irreflexivos y la construcción de sistemas hipotéticos que han perjudicado notablemente una apreciación auténtica de cuanto Africa significa. Se ha operado más sobre la síntesis errónea y la interpretación deductiva que sobre la observación profunda y el método analítico. Esa excesiva sistematización pseudocientífica (nos referimos siempre a las obras destinadas al gran público) ha provocado grandes daños que es preciso reparar con urgencia. La masa de los pueblos africanos de color es muy compleja. Sus tipos de existencia están en el substrato formativo de todas las civilizaciones, derivando a tipos de cultura perfectamente diferenciados aunque posean rasgos comunes sociológicos. Así acontece con las «alianzas». Delafosse que las ha estudiado con detalle, afirma que se trata de pactos instituidos entre dos grupos étnicos distintos. Se sitúan en el plano religioso y obligan a ambas partes a recíprocas prestaciones, tales como asistencia al aliado en sus necesidades, al disfrute de la hospitalidad por un período indefinido, prohibición de toda agresión entre aliados e impedimentos solemnes de sangre y de sexo, que vedan derramamiento de sangre y relaciones sexuales. Este sistema de alianzas es frecuente en el Africa negra y se observa en otros lugares como Melanesia. Siendo característico de la sociología africana, hubiera resultado sobremanera interesante una comparación con el sistema de alianzas llamado «soff» entre los bereberes, cuyos rasgos presentan facetas muy significativas.

Otro tanto ocurre con las religiones, cuyos rasgos fundamentales son idénticos y que impregnan todas las instituciones de la comunidad. Categoría especial tienen las «sociedades secretas», cuyo valor político es muy elevado. El término corriente es impropio, puesto que todos los miembros del grupo conocen la asociación aunque no formen parte de ella. Sería más exacto hablar de «cofradías» como propugna Griaule. Algunas de ellas, por su volumen, se confunden con la sociedad de los hombres, tales como la sociedad de las máscaras (awa) de los Dogon. En otro aspecto, la cofradía se muestra como un organismo de disciplina social, incluso de policía; puede, también, funcionar como un sistema de seguro en provecho de sus miembros;

asegura el orden de la aldea, reprime y castiga los delitos. La cofradía es, pues, una institución de importancia esencial que se encuentra en casi todas las sociedades negro-africanas. Es un elemento de estabilidad, de regulación de la vida social y su poder puede ser superior al del jefe nominal. Sus funciones son tanto más importantes por cuanto que se fundamentan en hechos religiosos.

Junto a los rasgos comunes se producen hechos diferenciales que dan propia fisonomía a cada uno de los pueblos. Esto determina que el panorama cultural del Africa negra no sea tan sencillo como a primera vista parece. Por ello, la aparición de obras como ésta, que constituyen una rigurosa introducción al conocimiento del continente africano y de sus poblaciones, debe ser acogida con todo género de plácemes.

JULIO COLA ALBERICH

RODOLFO GIL BENUMEYA: *Hispanidad y Arabidad*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1952.

Cualquiera que sea la forma de expresión adoptada por el pensamiento español, a grandes rasgos puede ser dividido en dos grupos: el de aquellos que piensan en función del lugar natal y lo pasean a través del mundo agazapado en los repliegues de su cerebro, y el de los que no sintiéndose vinculados a una localización geográfica se centran en el universalismo español. Es este último el caso del autor de *Hispanidad y Arabidad*. Al cabo de años de tarea común cimentando la espontánea amistad, me percaté de que ignoro de dónde es Rodolfo Gil Benumeya. Y así sucede porque, en realidad, Rodolfo Gil Benumeya es de un vasto lugar llamado España que rebasa la materialidad de las fronteras, fundiéndose por un lado con la Arabidad y, por otro, con Hispanoamérica, siendo el punto de enlace de ambos mundos el solar patrio. Por ello Rodolfo Gil Benumeya, auténtico español, es un hispanoárabe.

En las enjundiosas páginas de su estudio *Hispanidad y Arabidad*, «esquema objetivo de una cuestión de enlace que es fundamental para todo rumbo exterior español», Rodolfo Gil Benumeya no pretende definir programas ni apuntar planes. Pero, a mi juicio, el pro-

grama implicado en una exposición seria, documentada y al mismo tiempo idealista como ésta, tiene el valor de no encerrar dentro del marco rígido de las palabras las posibilidades de porvenir. Por este motivo preferimos que su autor se haya limitado a puntualizar las razones que justifican, explican y casi diría imponen un esfuerzo consciente para estrechar lazos y tornar a los viejos caminos de paralela marcha hacia una meta situada por encima del detalle que separa.

A pesar del orden adoptado en el título, Rodolfo Gil Benumeya se ocupa en primer lugar de la Arabidad, respetando tanto la cronología como una razón de exacta ordenación de los valores integrados en el complejo hispano. En efecto, el arabismo es «factor interno español», particularmente desde un punto de vista étnico-histórico, al fundirse con los pueblos peninsulares los sirio-libaneses en la Antigüedad (1.100 a 1.000 a. de J.-C.) y no sólo con la invasión árabe de la Alta Edad Media. Cuantos datos y referencias históricas aporta el autor al apoyo de esta tesis aparecen amenísimamente presentados, tanto cuando nos habla de los orígenes siriolibaneses de Hispania, como del hispanismo romano en Siria y Líbano con los Emperadores españoles Trajano y Adriano, hispanismo que vuelve a España desde la otra ribera del Mediterráneo —con marcado carácter de continuidad pese a los baches de la Historia— de mano del Emirato español de Córdoba independizado del Jalifato de Damasco, verdadera síntesis del «sirianismo impulsor», del «meridionalismo «andaluz» sobre el fundamento español predominante».

Respecto a la fusión de lo hispano y lo árabe, que había de dar origen a «una sola cultura con dos idiomas», aduce Rodolfo Gil Benumeya como prueba de su aserto los millares de voces arábicas incluidas en el idioma español, los apellidos comunes, las toponimias. Acaso también pudiera añadirse la semejanza entre la sintaxis árabe y la de nuestro romance, lo que refuerza la afirmación de una unidad cultural subyacente a la división idiomática que, por lo demás, no le restó unidad al Emirato, que era bilingüe o trilingüe (árabe literal; árabe con mezcla de romance vulgarmente hablado y neolatino o romance incipiente). Muy interesante ilustración de este hecho es la forma literaria del *zejel*, cultivado por el musulmán Ben Guzmán y por el cristiano Arcipreste de Hita. Estas corrientes, Rodolfo Gil Benumeya nos las muestra fluyendo paralelamente a través de los siglos de presencia musulmana, siendo simultáneamente la una complemen-

taria de la otra, y aún después, cuando cronológicamente se distancian en la época correspondiente a nuestro Siglo de Oro, de decadencia literaria árabe. Esto se observa no sólo en el aspecto literario, sino también en el de la mística, que asemeja curiosamente el chadili Ibn Arabi, a San Juan de la Cruz y a Santa Teresa. No para en el Siglo de Oro, tan fértil en ejemplos, la influencia arábica, sino que resistiendo el desgaste de los siglos de física separación, la hallamos en la época contemporánea, prosiguiendo su marcha con los esfuerzos llevados a cabo en la Zona Jalifiana de Marruecos por Trinidad S. Mercader en pro de un renacimiento de la cultura bilingüe.

Deteniéndose ante el hecho de una absorción que no ha sido «de lo pintoresco exterior, sino de lo fundamental interior», diseña Rodolfo Gil Benumeya una interesante teoría del origen del realismo español, que es la síntesis en un suelo propicio a una interpretación austera y mística de la vida, del realismo árabe y del hispánico. En el orden humano y literario, este realismo se reproduce con relieves depurados en Hispanoamérica, donde a la emigración española se suman a partir de 1860 elementos árabes de Siria, Líbano y Palestina, que en la actualidad alcanzan la cifra de un millón aproximadamente repartidos en Méjico, Argentina, Brasil, etc. Sobre la situación de estas minorías árabes, muy activas, emprendedoras y estimadas, de las cuales algunos miembros han llegado a ocupar puestos importantes en sus patrias de adopción (el general Elías Calles, presidente de Méjico; Antonio Selema, ministro del Interior de Bolivia; etc.), Rodolfo Gil Benumeya nos facilita noticias sumamente interesantes, pues aunque el hecho de la presencia de árabes en Hispanoamérica sea conocido, no se tienen demasiados detalles relativos a sus condiciones de vida, organización, dinamismo, nivel cultural y postura frente al país que los acoge. Es ésta de afecto y lealtad, lo cual refuerza la teoría de los árabes de Hispanoamérica que quiere que «los países de idioma y nexo general histórico árabe deben actuar paralelamente con los países de idioma y nexos históricos hispanos».

En esta línea de pensamiento destaca Habib Estéfano, primer presidente de la Academia de Damasco, árabe que escribió magníficamente el castellano y que amplió una teoría que posteriormente había de servir de fundamento a desarrollos prácticos, con los que enlaza la política exterior del Gobierno de Franco que, por lo demás, no limita su actividad al acercamiento con Hispanoamérica, sino que tien-

de hacia el Pacífico hispanizado, ni se limita en el Mediterráneo a la Arabidad, sino que llega hasta más allá del Indico.

Diversos proyectos y propósitos que se enumeran corresponden ora al bloque de países árabes, ora a las Repúblicas hispanoamericanas o a ambos a la vez. Todos convergen hacia una acción común que incluye a España. Recordemos en este orden de ideas la acción conjunta de defensa de España ante la O. N. U. y, más recientemente, en las cuestiones de Túnez y Marruecos. Ello se debe fundamentalmente a que la Hispanidad y la Arabidad se aproximan y enlazan en razón de la semejanza de sus conceptos de universalidad, que no obstante se centran en la idea de un mundo hecho a la medida del hombre. En este universalismo, aparte de la preocupación religiosa común, se observan paralelismos jurídicos que culminan en la afirmación de los derechos de la persona humana frente al Estado Leviatán de los tiempos actuales y en el reconocimiento del Derecho como fuente anterior al Estado. Por su parte, asentando su universalismo en dos conceptos compartidos tanto por la Arabidad como por la Hispanidad, cuales son el humanismo y el anticolonialismo, España brinda posibilidades internacionales de acción común a los treinta países al menos que pueden considerarla como «casa solariega». Finalmente, el mensaje hispano que niega el culto de la máquina en sí, que afirma la fe en que todos los pueblos y todas las razas pueden participar en los bienes espirituales y la seguridad de «pensar y tener razón sin por eso ser racionalista», es ya perfectamente entendido por árabes e hispanoamericanos.

Rodolfo Gil Benumeya dedica particular atención a un aspecto muy interesante de la Hispanidad y la Arabidad religadas, es decir, al problema del Cristianismo y el Islam, centrándose muy hábilmente en la actitud adoptada por el Vaticano, que es evidentemente la única por la que han de guiarse los católicos, desechando la tentación de ser más papistas que el Papa. Sin embargo, a mi muy modesto juicio en materia teológica —y otras, por supuesto—, el problema de la radical oposición entre ambos credos sigue en pie aun cuando, con un loable deseo de anular divergencias, se enfoca éste desde un punto de vista de dogmática semejante, como lo hace Rodolfo Gil Benumeya, apoyándose por cierto en autoridades en la materia como el P. Asín Palacios. Pero la cuestión sigue siendo tema de am-

plias discusiones que, por lo demás, no creemos que afecten al fondo de un problema que nadie sitúa en el terreno religioso.

Quédame por decir, aunque ello es evidente, que más allá de la expresión y síntesis lograda de un pensamiento que ha permanecido fiel a sí mismo a lo largo de toda una vida profesional de periodista, publicista y escritor, la reciente publicación de Rodolfo Gil Benumeya es la definición de un modo de ser, el español, además del indispensable complemento y remate de sus anteriores obras *Historia de la Política Árabe* y *Panorama del Mundo Árabe*. Por lo demás, esta muy extractada exposición de una obra que, forzosamente, sólo he considerado por la línea de vértice, refleja mal la variedad y originalidad de sugerencias y pensamientos en ella contenidos, aunque espero haber permitido apreciar la excelente articulación de todas las partes entre sí y la inteligencia con que Rodolfo Gil Benumeya ha sabido religar extremos aparentemente tan desligados como la Arabidad y la Hispanidad para vincularlos a una España a la vez irradiante e irradiada.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

World Opinion on Apartheid. I. I. S. Nueva Delhi, 1952. *South Africa behind Bars*. «African National Congress». Johannesburgo, 1950.

Muchas páginas podrían llenarse con cuanto se ha dicho y se ha escrito, más o menos acertadamente, acerca de las cuestiones raciales en Sudáfrica, y en especial en torno a la política de *apartheid*. Desde la afirmación de C. W. M. Gell, para el cual el Gobierno nacionalista es un *lawless government*, hasta los cargos, más fundados, de Keppel-Jones, de Stent, de Alan Paton, se atropellan, incesantes, las fulminaciones de juristas, políticos, sociólogos, economistas y periodistas.

* * *

Parte de esto último se comprende hojeando la pequeña compilación titulada *World Opinion on Apartheid*. Al correr nuestra vista por sus páginas nos encontramos una sucesión de juicios, entresacados de la prensa mundial, sobre aspectos de la política de segregación: trato

de los no blancos, las medidas en torno al poder judicial (asunto del voto de los *coloureds*), el movimiento de resistencia pasiva, la *apelación* de la India a la O. N. U. Y, poco a poco, nos gana una sensación: de todos los puntos del Globo han salido críticas contra la acción racista de Pretoria, desde Buenos Aires a Karachi, desde Melbourne a Londres, desde Berna a Nairobi...

Como ha señalado el *New York Times* del 10 de abril de 1952, la tragedia de la Unión Sudafricana es que el rumbo de la acción tomada por el Gobierno Malan ha multiplicado los problemas en vez de resolverlos. Cuando menos, si el peligroso y estrecho nacionalismo del régimen de Malan continúa en su curso presente, nuevos desastres afrontará el mundo libre y nuevas oportunidades para agitar serán presentadas al comunismo. Tal es la opinión de *The Herald* de Melbourne (1.º de septiembre de 1952). Bien claramente lo ha expresado el reverendo Garret, presidente de la Conferencia de la Iglesia Metodista de Sudáfrica: «La difícil situación racial en Africa del Sur ha sido agravada injustificadamente por las políticas que revelan completa falta de inteligencia de la mente del *common people*». Ante estos juicios, no nos extraña que el «columnista» Elmore Philippott, en el *Vancouver Sun* del Canadá, haya calificado al Primer Ministro sudafricano de *mad man*. Realmente, lo más ominoso de la actual Unión Sudafricana es que el Gobierno ha perdido de vista la cardinal verdad de que la seguridad última de toda la población blanca en presencia de pueblos de color más numerosos depende de su poder de conseguir una política racial equitativa. A esta dirección de pensamiento obedece un editorial del *Times* (v. núm. del 16 de agosto de 1952).

En rigor, leyendo en el *Ottawa Citizen* (30 de agosto de 1952) nos damos cuenta de que, aparte del aspecto moral, las leyes de *apartheid* son impracticables. «El fin resultante puede ser solamente la violencia en Sudáfrica y la hostilidad contra los europeos entre asiáticos y africanos en un momento en que el Oeste necesita desesperadamente de la amistad de Asia y de Africa.» Además se asegura que la crisis constitucional de la Unión de Africa del Sur es más que un asunto interno. Haría falta indagar la certeza de la interrogación del *New Statesman and Nation* (29 de marzo de 1952): «Si la *South Africa Act* ha sido abrogada por el Estatuto de Westminster, según

mantiene el Gobierno, ¿de dónde deriva la autoridad del Parlamento blanco sudafricano?».

Otras conclusiones presentan un interés más general todavía. Es fácil ver que, aparte de socavar la Constitución sobre la que depende la democracia en Sudáfrica, estas políticas serán desastrosas para el pueblo africano austral. De este modo juzgaba una *resolución* del Comité Nacional Ejecutivo del «Labour Party», en mayo de 1952. *Guil el Guedid*, de El Cairo (8 de septiembre de 1952), ha hablado de amenaza de guerra civil en el espacio sudafricano. Y el *Reynold News* no ha dudado en pronosticar que el Dr. Malan y sus colaboradores «destruirán eventualmente Africa del Sur».

Y no sólo eso. «La existencia del régimen de Malan está viniendo a ser una amenaza creciente para el mundo libre». Dijérase que la actuación del nacionalismo en pos de la realización del *White Harenvolk* no podría ser mejor cómplice del comunismo si hubiera sido pagado por los soviets (vid. *Volksrecht*, Berna, 24 de marzo de 1952). Empero insinúanse otros peligros. La *West African Students's Union*, el *The Dawn* de Karachi, el *Glasgow Herald* han afirmado que la conducta de Malan tendía hacia el fascismo. O como se ha escrito en *The Adversiter*, de Adeláida: «El malanismo parece converger más y más hacia un republicanismo autocrático».

Otro pensamiento que merece tenerse en cuenta es que la *cruel persecución racial ha existido «for years» en la Unión*. No se pregunta el origen de este aserto: procede de la *Pravda*. Ofrezcamos también el punto de vista de la *Izvestia*: «El objeto de la discriminación racial en Sudáfrica es la reducción de negros e indios al estado de esclavos».

* * *

Ahora bien; todo lo antedicho no es suficiente. Así se deduce hojeando las páginas de *South Africa behind Bars*, memorándum editado por W. Sisulu, secretario del Congreso Nacional Africano, para su distribución en las Naciones Unidas.

Pues bien; he aquí la idea central de esta memoria: «Un edificio de leyes y prácticas administrativas ha sido levantado para preservar el dominio del grupo blanco.» En efecto, los africanos, unos dos tercios de la población, poseen el 13 por 100 de la tierra de la Unión

del Africa austral. Y el informe número 9 del *Social and Economic Planning Council* ha estimado que «miles de familias africanas en las reservas no solamente carecen de tierra, sino que no poseen enseres». Véase este dato: en el Transkei el 47 por 100 de los nativos no tiene ganado. No se olvide que la atmósfera de las *reservas* es de paralización, de pobreza... En suma: los presupuestos familiares muestran que el nivel de vida de la familia en las zonas reservadas es extremadamente bajo: una renta de 40 a 50 libras al año para cinco o seis personas. Y vemos que las *reservas* han sido descritas como los *slums* rurales de la Unión. En fin, un escritor, John Burger, ha estimado que el ingreso de los habitantes en los núcleos reservados viene a ser diariamente de dos peniques y medio. Los hechos son harto claros y significativos para comprender que el trabajador africano está obligado, por una presión económica, a alistarse en las labores mineras. Con una particularidad: no sólo llegan a trabajar a las minas indígenas de la Unión; los territorios de la Alta Comisión—Basutolandia, Bechuanalandia, Suasilandia—, las Rhodesias, el Africa Oriental portuguesa y aun Keña y Tanganika, proporcionan mano de obra para las tareas mineras. No es el momento de insistir sobre estos puntos. Baste decir que el sistema de trabajo inmigratorio trae la destrucción de la vida familiar de los africanos. Con una advertencia a hacer: los seguidores del Congreso Nacional Africano no son los únicos mantenedores de este criterio.

Para no alargar más esta exposición, añadiremos, de pasada, algunas evidencias sudafricanas: el sistema de *passes* (*travel pass, tax receipt, night pass, permit to seek work, service contract, pass to enter urban residential areas*) y los problemas consiguientes (en 1949, 114.000 africanos arrestados por ofensas a las leyes sobre pasaportes: 104.000 convictos); el trabajo forzado (a «*national service*», según el Ministro de Justicia, al inaugurar la prisión privada de Leslie).

Y conviene no perder de vista que en Sudáfrica la práctica ha sido diferenciar a todos los grupos raciales bajo la fórmula de la segregación, reservando a los blancos solos el privilegio de los derechos de ciudadanía completa. Y esto ha sido llevado a cabo a través de sucesivos Gobiernos. De esta forma lo asegura, bien explícitamente, el *African National Congress*. Este rasgo de la vida sudafricana encierra el máximo interés, por encima de elecciones y partidos. A estas razones podemos vincular las palabras del Dr. J. S. Moroka,

presidente del A. N. C.: «Todos somos sudafricanos nacionales; los sudafricanos europeos, los sudafricanos indios, los sudafricanos mestizos y los africanos sudafricanos. Sudáfrica es el único hogar que conocemos y poseemos para nosotros mismos y para la posteridad». Aunque, justo es consignarlo, el líder indio Dadoo ha expuesto una versión semejante de los asuntos raciales en la Unión de Africa del Sur.

* * *

La reiteración de vibraciones o de explosiones raciales y sociales en Sudáfrica descubre, pues, escondidos nervios bajo la urdimbre epidérmica de racismo o comunismo. No es posible soslayar la situación de las *atrasadas* poblaciones autóctonas. Tenemos en cuenta el innegable valor de la aportación blanca. Pero en todo esto hay algo más que los signos externos del *Europeans Only-Slegs vir Blankes*. Hay que saber disociar lo trascendente de lo episódico. Claro es que a unas estimaciones rígidas e inflexibles conviene no oponer otras igualmente sectarias. Y las críticas esparcidas por doquier —síntoma de no pocas inquietudes— y ciertas realidades sudafricanas, evidentes, han de servir —ante eventualidades trágicas— para determinar el sentido de futuras directrices gubernamentales de la Unión del Africa Austral.

L. R. G.

NOTICIA DE LIBROS

